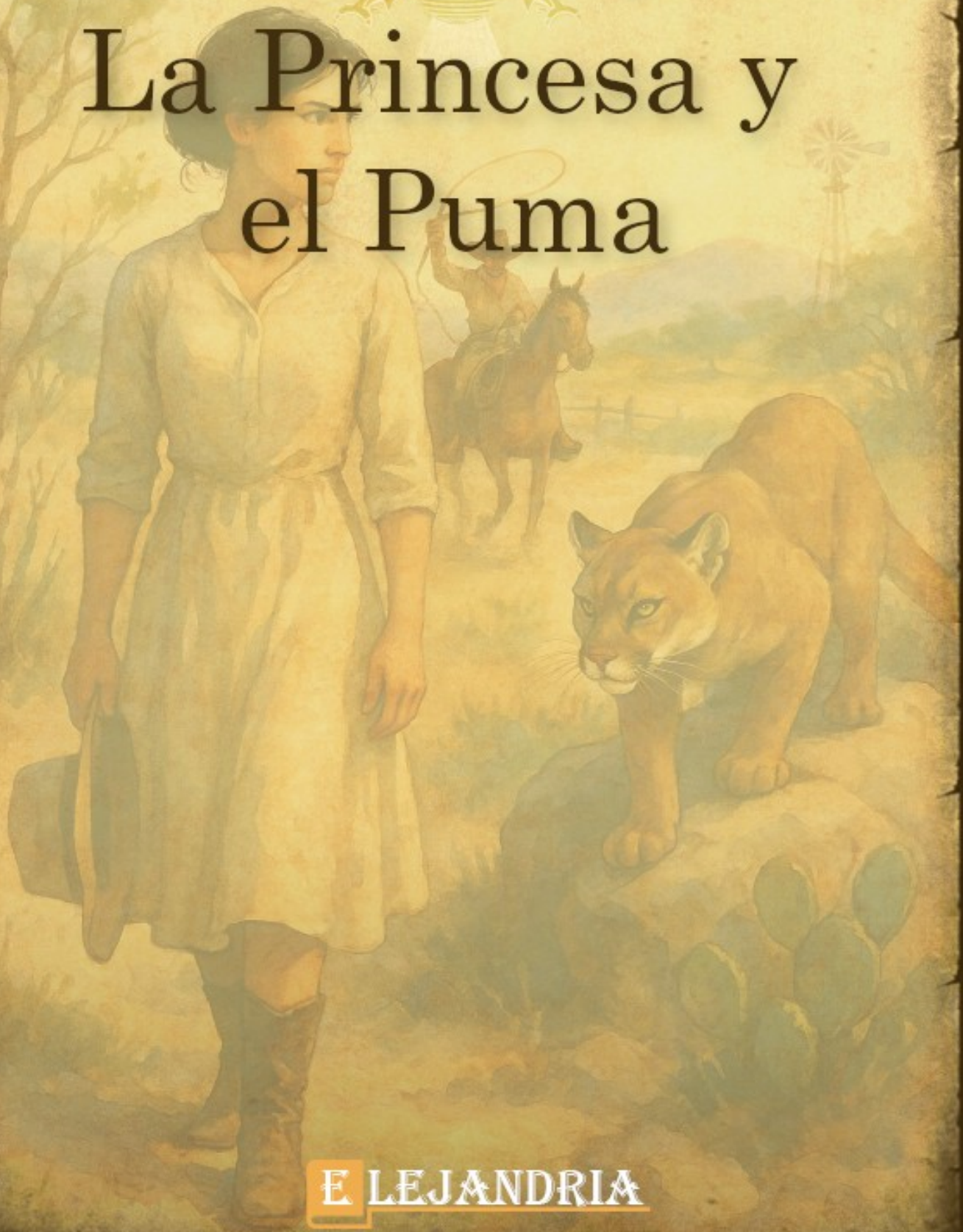




O. Henry

# La Princesa y el Puma



**E LEJANDRIA**

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA PRINCESA Y EL PUMA**

**O. HENRY**

**PUBLICADO: 1903  
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# LA PRINCESA Y EL PUMA

Tenía que haber un rey y una reina, por supuesto. El rey era un viejo tremendo que llevaba revólveres de seis tiros y espuelas, y gritaba con una voz tan estentórea que las serpientes de cascabel de la pradera corrían a esconderse en sus agujeros bajo los nopales. Antes de que hubiese una familia real, al hombre lo llamaban Ben «el Susurrante». Cuando llegó a poseer 50.000 acres de tierra y más ganado del que podía contar, lo llamaron O'Donnell, «el Rey del Ganado».

La reina había sido una joven mexicana de Laredo. Resultó ser una esposa buena, apacible y de piel clara, e incluso logró enseñar a Ben a moderar su voz lo suficiente dentro de la casa como para evitar que se rompiera la vajilla. Cuando Ben se convirtió en rey, ella se sentaba en el porche del Rancho Espinosa a tejer esteras de junco. Cuando la riqueza se volvió tan irresistible y opresiva que trajeron en carretas sillas tapizadas y una mesa de centro desde San Antone, ella inclinó su tersa y oscura cabeza y compartió el destino de Dánae.

Para evitar un delito de lesa majestad, se os ha presentado primero al rey y a la reina. Ellos no intervienen en esta historia, que podría titularse «La crónica de la princesa, la feliz ocurrencia y el león que estropeó su trabajo».

Josefa O'Donnell era la hija superviviente, la princesa. De su madre heredó la calidez de su carácter y una belleza morena y semitropical. De Ben O'Donnell el regio, adquirió una gran dosis de intrepidez, sentido común y la facultad de mando. La combinación era digna de recorrer millas para ser vista. Josefa, al galope de su poni, podía meter cinco de seis balas

en una lata de tomate que se balanceaba en el extremo de una cuerda. Podía pasarse horas jugando con un gatito blanco que tenía, vistiéndolo con todo tipo de ropas absurdas. Desdeñando el lápiz, era capaz de decirle de memoria cuánto se obtendría por 1545 novillos de dos años, a 8,50 dólares por cabeza. A grandes rasgos, el Rancho Espinosa tiene cuarenta millas de largo por treinta de ancho, aunque la mayor parte son tierras arrendadas. Josefa, en su poni, había explorado cada milla de la propiedad. Todos los vaqueros de la región la conocían de vista y eran sus leales vasallos. Ripley Givens, capataz de una de las cuadrillas de Espinosa, la vio un día y decidió formar una alianza matrimonial real. ¿Presuntuoso? No. En aquellos días, en la comarca del Nueces, un hombre era un hombre. Y, después de todo, el título de rey del ganado no presupone sangre real. A menudo, solo significa que su poseedor lleva la corona en señal de sus magníficas cualidades en el arte del robo de ganado.

Un día, Ripley Givens cabalgó hasta el Rancho Double Elm para preguntar por una manada de añojos extraviados. Se le hizo tarde para emprender el viaje de regreso, y ya se ponía el sol cuando llegó al Vado del Caballo Blanco del río Nueces. Desde allí hasta su propio campamento había dieciséis millas. Hasta el rancho Espinosa, doce. Givens estaba cansado. Decidió pasar la noche en el vado.

Había una excelente poza en el lecho del río. Las orillas estaban densamente cubiertas de grandes árboles, con un sotobosque de matorrales. A cincuenta yardas de la poza se extendía una franja de pasto mesquite rizado: cena para su caballo y cama para él. Givens amarró su caballo y extendió las mantas de la montura para que se secaran. Se sentó con la espalda apoyada en un árbol y se lió un cigarrillo. De algún lugar en la densa arboleda a lo largo del río llegó un lamento repentino, furioso y estremecedor. El poni bailoteó al final de su cuerda y soltó un resoplido sibilante de miedo comprensivo. Givens dio una calada a su cigarrillo, pero alcanzó tranquilamente su cinturón con la pistola, que yacía en la hierba, e hizo girar el tambor de su arma a modo de prueba. Un gran catán se zambulló con un fuerte chapoteo en la poza. Un conejito pardo saltó alrededor de un matorral de uña de gato y se sentó, moviendo los bigotes y mirando a Givens con aire divertido. El poni siguió comiendo hierba.

Es bueno estar razonablemente atento cuando un león mexicano canta en soprano por los arroyos al atardecer. El tema de su canción puede ser que

los terneros jóvenes y los corderos gordos escasean, y que tiene un deseo carnívoro de conocerle a uno.

En la hierba había una lata de fruta vacía, arrojada allí por algún viajero anterior. Givens la vio con un gruñido de satisfacción. En el bolsillo de su chaqueta, atada detrás de la silla de montar, llevaba uno o dos puñados de café molido. ¡Café solo y cigarrillos! ¿Qué más podría desear un rancharo?

En dos minutos tenía un pequeño fuego ardiendo con claridad. Se dirigió, con su lata, hacia la poza. Cuando estaba a unas quince yardas de la orilla, vio entre los arbustos un poni con silla de montar de mujer y las riendas caídas, que pacía un poco a su izquierda. Justo levantándose del borde de la poza, donde había estado apoyada sobre manos y rodillas, se encontraba Josefa O'Donnell. Había estado bebiendo agua y se sacudía la arena de las palmas de las manos. A diez yardas de distancia, a su derecha, medio oculta por un macizo de sacahuista, Givens vio la figura agazapada del león mexicano. Sus globos oculares de color ámbar brillaban con avidez; a seis pies de ellos, la punta de la cola se extendía recta, como la de un perro de muestra. Sus cuartos traseros se balanceaban con el movimiento preliminar al salto, propio de los felinos.

Givens hizo lo que pudo. Su revólver de seis tiros estaba a treinta y cinco yardas, sobre la hierba. Lanzó un fuerte grito y corrió para interponerse entre el león y la princesa.

El «revuelo», como lo llamó Givens más tarde, fue breve y algo confuso. Al llegar a la línea de ataque, vio una estela borrosa en el aire y oyó un par de leves detonaciones. Luego, cien libras de león mexicano cayeron sobre su cabeza y lo aplastaron contra el suelo con una pesada sacudida. Recordó haber gritado: «¡Basta ya, eso es juego sucio!», y luego se arrastró de debajo del león como un gusano, con la boca llena de hierba y tierra, y un gran chichón en la nuca, donde se había golpeado contra la raíz de un olmo de agua. El león yacía inmóvil. Givens, sintiéndose agraviado y sospechando juego sucio, agitó el puño hacia el león y gritó: «¡Echo otra lucha contigo por veinte...!». Y entonces volvió en sí.

Josefa estaba quieta en su sitio, recargando tranquilamente su revólver del 38 con incrustaciones de plata. No había sido un disparo difícil. La cabeza del león era un blanco más fácil que una lata de tomate balanceándose en el extremo de una cuerda. Había una sonrisa provocadora, burlona

y enloquecedora en su boca y en sus ojos oscuros. El aspirante a caballero rescatador sintió que el fuego de su fiasco le quemaba hasta el alma. Aquella había sido su oportunidad, la oportunidad con la que había soñado; y Momo, y no Cupido, la había presidido. Los sátiros del bosque, sin duda, se sujetaban los costados en una hilarante y silenciosa carcajada. Había sido algo parecido al vodevil: digamos, el señor Givens y su cómico número con el león de peluche.

—¿Es usted, señor Givens? —dijo Josefa con su pausada y almibarada voz de contralto—. Casi me estropea el tiro cuando gritó. ¿Se ha hecho daño en la cabeza al caer?

—Oh, no —dijo Givens, con calma—. Eso no ha dolido.

Se agachó ignominiosamente y sacó su mejor sombrero Stetson de debajo de la bestia. Estaba aplastado y arrugado con un logrado efecto cómico. Luego se arrodilló y acarició suavemente la cabeza fiera y de fauces abiertas del león muerto.

—¡Pobre viejo Bill! —exclamó con tristeza.

—¿Qué dice? —preguntó Josefa, bruscamente.

—Claro que usted no lo sabía, señorita Josefa —dijo Givens, con el aire de quien permite que la magnanimidad triunfe sobre el dolor—. Nadie puede culparla. Intenté salvarlo, pero no pude avisarle a tiempo.

—¿Salvar a quién?

—Pues a Bill. Llevo todo el día buscándolo. Verá, ha sido la mascota de nuestro campamento durante dos años. Pobre viejo, no le habría hecho daño ni a un conejo. A los muchachos se les romperá el corazón cuando se enteren. Pero usted no podía saber, por supuesto, que Bill solo intentaba jugar con usted.

Los ojos negros de Josefa ardieron fijos en él. Ripley Givens superó la prueba con éxito. Se quedó de pie, alborotándose pensativamente los rizos castaño amarillentos. En su mirada había pesar, no exento de un suave reproche. Sus facciones serenas se habían compuesto en una expresión de indiscutible tristeza. Josefa vaciló.

—¿Qué hacía su mascota aquí? —preguntó, en un último intento de resistencia—. No hay ningún campamento cerca del Vado del Caballo Blan-

co.

—El viejo bribón se escapó ayer del campamento —respondió Givens con presteza—. Es un milagro que los coyotes no lo hayan matado de miedo. Verá, Jim Webster, el encargado de nuestros caballos, trajo un cachorrito de terrier al campamento la semana pasada. El cachorro le hizo la vida imposible a Bill: lo perseguía por todas partes y le mordisqueaba las patas traseras durante horas. Todas las noches, a la hora de dormir, Bill se colaba bajo la manta de uno de los muchachos para que el cachorro no lo encontrara. Supongo que debía de estar bastante desesperado para escaparse. Siempre le daba miedo perder de vista el campamento.

Josefa miró el cuerpo del fiero animal. Givens palmeó suavemente una de las formidables zarpas que podrían haber matado a un novillo de un solo golpe. Lentamente, un rubor se extendió por el rostro moreno y oliváceo de la muchacha. ¿Era la señal de vergüenza del verdadero deportista que ha abatido una presa innoble? Sus ojos se suavizaron, y los párpados entornados desvanecieron toda su brillante burla.

—Lo siento mucho —dijo humildemente—, pero parecía tan grande y saltaba tan alto que...

—El pobre viejo Bill tenía hambre —la interrumpió Givens, en rápida defensa del difunto—. En el campamento siempre le hacíamos saltar para ganarse la cena. Se tumbaba y rodaba sobre sí mismo por un trozo de carne. Cuando la vio, pensó que iba a conseguir algo de comer de usted.

De repente, los ojos de Josefa se abrieron de par en par.

—¡Podría haberle disparado a usted! —exclamó—. Se interpuso justo en medio. ¡Arriesgó su vida para salvar a su mascota! Eso fue admirable, señor Givens. Me gusta la gente que es amable con los animales.

Sí, ahora había incluso admiración en su mirada. Después de todo, un héroe surgía de las ruinas del anticlímax. La expresión en el rostro de Givens le habría asegurado un alto cargo en la Sociedad Protectora de Animales.

—Siempre me han encantado —dijo él—: los caballos, los perros, los leones mexicanos, las vacas, los caimanes...

—Odio los caimanes —objetó Josefa al instante—. ¡Bichos rastreros y lodosos!

—¿He dicho caimanes? —dijo Givens—. Quería decir antílopes, por supuesto.

La conciencia de Josefa la impulsó a enmendarse aún más. Extendió la mano, arrepentida. Había una lágrima brillante y contenida en cada uno de sus ojos.

—Por favor, perdóneme, señor Givens, ¿quiere? Solo soy una chica, ya sabe, y al principio me asusté. Siento muchísimo haberle disparado a Bill. No sabe lo avergonzada que me siento. No lo habría hecho por nada del mundo.

Givens tomó la mano que ella le ofrecía. La sostuvo un instante mientras dejaba que la generosidad de su naturaleza se sobrepusiera al dolor por la pérdida de Bill. Finalmente, quedó claro que la había perdonado.

—Por favor, no hable más del asunto, señorita Josefa. El aspecto de Bill era suficiente para asustar a cualquier señorita. Ya se lo explicaré todo a los muchachos.

—¿Está seguro de que no me odia? —Josefa se le acercó impulsivamente. Sus ojos eran dulces, oh, dulces y suplicantes con un gracioso arrepentimiento—. Yo odiaría a cualquiera que matara a mi gatito. ¡Y qué valiente y amable por su parte arriesgarse a que le dispararan al intentar salvarlo! ¡Qué pocos hombres habrían hecho eso!

¡Victoria arrancada de la derrota! ¡El vodevil convertido en drama! ¡Bravo, Ripley Givens!

Ya era el crepúsculo. Por supuesto, no se podía permitir que la señorita Josefa cabalgara sola hasta la casa del rancho. Givens volvió a ensillar su poni a pesar de las miradas de reproche del animal, y cabalgó con ella. Galoparon lado a lado sobre la suave hierba, la princesa y el hombre que era amable con los animales. Los olores de la pradera, a tierra fértil y a delicadas flores, eran densos y dulces a su alrededor. ¡Coyotes aullando allá en la colina! Sin miedo. Y sin embargo...

Josefa cabalgó más cerca. Una manita pareció buscar a tientas. Givens la encontró con la suya. Los ponis mantenían un paso uniforme. Las manos

permanecieron unidas, y la dueña de una de ellas explicó:

—Nunca antes había tenido miedo, pero ¡imagínese! ¡Qué terrible sería encontrarse con un león verdaderamente salvaje! ¡Pobre Bill! ¡Me alegro tanto de que haya venido conmigo!

O'Donnell estaba sentado en el porche del rancho.

—¡Hola, Rip! —gritó—. ¿Eres tú?

—Ha venido conmigo —dijo Josefa—. Me perdí y se me hizo tarde.

—Muy agradecido —vociferó el rey del ganado—. Quédate a pasar la noche, Rip, y mañana cabalgas al campamento.

Pero Givens no quiso. Seguiría hasta su campamento. Había que poner en marcha una manada de novillos al amanecer. Se despidió y se alejó al trote.

Una hora más tarde, cuando las luces estaban apagadas, Josefa, en camisón, se asomó a la puerta y llamó al rey en su habitación, al otro lado del pasillo de ladrillo:

—Oye, papá, ¿sabes ese viejo león mexicano al que llaman el «Demonio de la Oreja Muescada», el que mató a Gonzales, el pastor de ovejas del señor Martin, y a unas cincuenta terneras en el pastizal del Salado? Bueno, pues le he ajustado las cuentas esta tarde en el Vado del Caballo Blanco. Le metí dos balas en la cabeza con mi 38 mientras saltaba. Lo reconocí por el tajo que le falta en la oreja izquierda, el que le hizo el viejo Gonzales con su machete. Ni tú mismo podrías haber hecho un tiro mejor, papá.

—¡Magnífico! —tronó Ben «el Susurrante» desde la oscuridad de la cámara real.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**